



RAVIOLA, Blythe Alice, y VARALLO, Franca (coord.): *L'infanta: Caterina d'Austria, duchessa di Savoia (1567-1597)*, Roma, Carocci editore, 2013, 566 págs.

La figura de la hija menor del matrimonio de Felipe II e Isabel de Valois ha quedado, en ocasiones, eclipsada por la de su hermana mayor, Isabel Clara Eugenia, especialmente durante los años que ambas residieron en la corte paterna. Así son varios los estudios que profundizan en esta figura femenina, siendo el más reciente el libro coordinado por Cordula van Wyhe (*La infanta Isabel Clara Eugenia. Soberanía femenina en las cortes de Madrid y Bruselas*. Madrid, Centro de Estudios de Historia Hispánica, 2011). Sin embargo, Catalina Micaela, nacida en octubre de 1567 en el alcázar madrileño, emerge brillando con luz propia en este libro coordinado por Blythe Alice Raviola y Franca Varallo, que recoge una selección de las ponencias presentadas en el congreso organizado por ambas profesoras en Turín en octubre de 2009.

Catalina fue una digna sucesora de su padre, y tuvo un papel decisivo en el ducado de Saboya a partir de su matrimonio con Carlo Emanuel I en 1585, hasta su fallecimiento en diciembre de 1597. Durante sus años como duquesa de Saboya, no se limitó a ser una figura pasiva y marginal siguiendo los dictados de la corte española y sujeta a la férrea etiqueta de la Casa de Austria, sino que en ocasiones sustituyó a su marido cuando este se ausentaba de la corte para acudir a la guerra. El epistolario con su esposo, publicado recientemente casi en paralelo con este libro por Giovanna Altadonna (*Lettere inedite a Carlo Emanuele I (1588-1597) Catalina Micaela de Austria*, Mesina, 3 vols, 2012) ofrece abundantes testimonios de esta capacidad de la infanta, aparte de enternecedores testimonios de su vida íntima y familiar.

El libro coordinado por Raviola y Varallo se divide en varios bloques, siguiendo las circunstancias vitales de la infanta en orden cronológico.

El primer apartado sobre su formación en la corte de Felipe II se inicia con un estudio de José Luis Gonzalo Sánchez-Molero sobre la educación devocional de las infantas a través de sus lecturas y el aprendizaje de sus primeras letras, sin descuidar enseñanzas imprescindibles para su papel en la corte como la música y la danza. Almudena Pérez de Tudela profundiza sobre los aspectos artísticos de la educación de la infanta, rodeada de las magníficas colecciones paternas, y de retratistas que plasmaron su imagen, sobre todo con fines matrimoniales. Asimismo,

Pérez de Tudela analiza el importante intercambio de regalos que ambas hermanas mantuvieron tras su separación, y que influyó en el gusto e incluso en la indumentaria de ambas cortes. Los dos estudios, ampliamente documentados, completan otros anteriores como las deliciosas *Cartas de Felipe II a sus hijas*, últimamente editadas por Fernando Bouza.

La parte segunda se centra en el papel de la infanta como esposa y regente en la corte de Turín. Pierpaolo Merlin analiza su gobierno y el contexto político en el que se desarrolla, dadas las relaciones entre España y el ducado italiano desde la paz de Cateau-Cambrésis. Catalina en ocasiones mantuvo situaciones tensas con su padre y sus ministros, especialmente en cuestiones relacionadas con las campañas militares de su marido en Provenza. Elisa Mongiano se centra en el estudio del contrato de la magnífica dote que recibió la joven, pero que resultó difícil de cobrar en su totalidad. Claudio Rosso profundiza en las relaciones de toda índole que la corte de Saboya mantuvo con el vecino estado de Milán, decisivo para la política de Felipe II en la Península Italiana. Desde una perspectiva más íntima, aunque sin descuidar la faceta de la infanta como gobernadora, el estudio conjunto de Magdalena Sánchez y María José del Río analiza el nutrido epistolario de Catalina con su marido. Asimismo Paolo Cozzo llama la atención sobre aspectos devocionales de la infanta, en especial los relacionados con imágenes religiosas propias del estado saboyano como la Sábana Santa, o su contribución a la construcción de edificios como el santuario de Vincoforte, donde Catalina fue enterrada.

La educación que había recibido en España de la mano del Rey Prudente y la pléyade de artistas y arquitectos que le rodeaban, unido a las cotidianas estancias en los Sitios Reales, como los jardines de Aranjuez, hicieron que las infantas adquirieran unos rudimentos en arquitectura que Catalina desarrolló y continuó en Turín y en las residencias circundantes con ayuda de personalidades como Vitozzi, como analiza Cristina Cuneo. Aparte de arquitectos, también contó con ayuda de pintores como Alessandro Ardente, especialmente en relación con la residencia del Valentino. La infanta fue objeto de elogio de numerosos literatos y poetas de la corte turinesa, como ponen de manifiesto las contribuciones de Domenico Chiodo o de Patrizia Pellizari. Y la corte festiva de Turín, como la definió Mercedes Formica, aquellos años propició también la creación de numerosas composiciones musicales, algunas de influencia española, como muestra Annarita Colturato.

Las colecciones de obras de arte reunidas por la infanta en Turín y los artistas de los que se rodeó la pareja ducal son estudiados por Anna Maria Bava. Clelia Arnaldi di Vesme centra su contribución en el papel del artista polifacético Alessandro Ardente, que alcanzó su culmen en el recibimiento de la pareja en Turín en 1585. Maria Beatrice Failla se ocupa del cuaderno de retratos a lápiz de las damas de Catalina Micaela que entronca con realizaciones similares en la corte de la abuela materna, Catalina de Medici en Francia, o con la serie que hizo Caracca de las damas de Isabel Clara Eugenia en 1591. Maria Paola Ruffino analiza la indumentaria de la infanta basándose en sus cuentas, y en las imágenes que nos han llegado. Su trabajo recalca la fuerte influencia española que la infanta mostró en su forma de vestir, para subrayar visualmente su vinculación con la corte hispana,

como ya puso de manifiesto hace algunos años Franca Varallo en el congreso internacional *Vestir a la española*, celebrado en el Museo del Traje en 2007 y auspiciado por el *Centro de Estudios de Europa Hispánica* (en prensa). Entre las habilidades aprendidas por Catalina en Madrid, aparte de la cocina, estaban también la costura y el bordado, como era común en las damas de alto estatus, y la infanta continuó con esta tradición en Turín, transmitiéndosela además a sus hijas. En el ensayo de Maria Teresa Binaghi de Olivari se profundiza en estas labores femeninas, utilizadas no sólo para hacer algunos complementos para su marido como bandas, sino sobre todo, para vestimentas de imágenes religiosas, exaltadas por el poeta Guasco, y que continuaban una tradición ya iniciada en Madrid. Asimismo la duquesa no sólo recurrió a las vecinas manufacturas de lujo milanesas para conseguir tejidos y joyas, sino que fue una de las principales protectoras de la afamada Cantona, quien también hizo bordados para Felipe II. En este sentido, el análisis de la vida en la corte de los Saboya y su vinculación con la española se pone de manifiesto también con las instrucciones que proporcionó Annibale Guasco a su hija Lavinia, dama de Catalina, en 1586, recientemente sacadas a la luz en una cuidada edición de Luisella Giachino, *Sotto il segno di Chirone. Il Ragionamento di Annibale Guasco alla figlia Lavinia*, en Turín en 2012.

El inventario *post-mortem* de la infanta, junto a su contabilidad, constituyen una de las fuentes principales para conocer sus intereses como coleccionista. Así la profesora Franca Varallo se vale de este importante testimonio para llamar la atención del interés de Catalina por los especímenes exóticos y los objetos preciosos, entroncando con la tradición aprendida en sus años formativos y muy característica de la Casa de Austria.

Por último, el tercer bloque de ensayos versa sobre la herencia de Catalina Micaela. El primero de ellos es el del profesor José Martínez Millán sobre la formación, a la española, de la Casa de la Infanta y el destino de sus servidores después de su muerte. Tras este luctuoso acontecimiento, el duque de Saboya dio muestras de veleidades hacia el bando francés, lo que condicionó que sus tres hijos mayores fuesen educados en Valladolid entre 1603 y 1606, en la corte del tío Felipe III, para garantizar su fidelidad a España. A pesar de que algunos de los hijos de Catalina Micaela fueran claramente filofranceses, otros permanecieron fieles a España. Así Emanuele Filiberto (1588-1624) jugó un importante papel al servicio del rey de España con cargos tan importantes como prior de San Juan, Almirante de la Mar o virrey de Sicilia, como ha estudiado con detalle el profesor Manuel Rivero Rodríguez. Otra de las hijas que mantuvo la fidelidad al bando español hasta el fin de sus días fue Margarita de Saboya (1589-1656), quien tras sus años como duquesa de Mantua, pasó a España ocupando el cargo de virreina de Portugal como explican los recientes estudios de Blythe Alice Raviola, entre los que se encuentra el recogido en este libro.

La muerte de Catalina un año antes del fallecimiento de su padre Felipe II fue tremendamente sentida tanto en Turín como en España, dando lugar a multitud de sermones fúnebres y panegíricos sobre las virtudes que la adornaban, que han sido estudiados, a manera de colofón de la obra, por Luisella Giachino.

RESEÑAS

En este libro multidisciplinar han participado diferentes especialistas, tanto italianos como españoles, que han contribuido a romper los estereotipos sobre la infanta en ambos países, y a sentar las bases para realizar nuevos estudios sobre el papel estelar que tuvo Catalina Micaela en las relaciones políticas, culturales y artísticas entre la corte madrileña y la saboyana durante el último cuarto del siglo XVI.

El libro cuenta además con un importante aparato gráfico, y un completo índice onomástico, que lo convierten en un útil y fundamental instrumento para ahondar en el conocimiento de la vida y el entorno de infanta.

**-Mercedes Simal López-
Museo Lázaro Galdiano**